



LA IGLESIA, ACONTECIMIENTO DEL ESPIRITU

GUIA DIDÁCTICA

Ob. Pedro Correa, Ago. 2014

Introducción

Fundamentación: La Iglesia y su identidad no la producimos ni garantizamos cuando en nuestro imaginario tenemos como trasfondo *la organización, el dogma, la liturgia o incluso su historia* (a causa del uso que nosotros le hemos dado). La Iglesia surge por la irrupción del Espíritu (Hch 1:8; 2:14-21), desde donde se constituye una comunidad de creyentes. Ninguno de los elementos anteriores tienen carácter fundacional para la Iglesia, más bien la Iglesia les creó a todos ellos, con la participación del Espíritu también. La Iglesia es antes que todas estas realidades, ella está primero, como escenario en donde el Espíritu Santo ha venido para empoderar a mujeres y hombres que confiesan a Cristo Jesús. La Iglesia es, ha sido y será, por causa del Espíritu, ella es acontecimiento del Espíritu, en tanto que debe su existencia a esta *persona* divina. Al ser así, nuestro lenguaje sobre Dios aparece desde aquel espacio que él ha creado y cuya historia él ha iniciado. Decimos sobre la Iglesia algo desde el seno de un escenario donde una fuerza divina ha irrumpido y alistado a una comunidad de creyentes para vivir la experiencia de Dios (Jn 20: 21-23) y salir a anunciar el reino a todo el mundo habitado (Mt 28: 16-20). Por esto, la Iglesia no se reduce en su identidad a los rostros que ella misma ha generado, *la organización, el dogma, la liturgia o su historia*; si así procedemos, entonces nos hacemos auto referentes, por tanto idólatras, ya que todos ellos han sido una construcción humana. La identidad de la Iglesia es, ante todo y por sobre todo *pneumatológica*, es decir de naturaleza espiritual, su existencia le ha sido dada por el Espíritu Santo.

Objetivo del documento: Este texto pastoral busca producir una reflexión sobre el mover del Espíritu en la Iglesia, nace por tanto desde abajo, desde la realidad, desde las vivencias tanto personales como comunitarias. No se trata de un discurso sobre Dios que pretenda engendrar lo que debemos ser o hacer sino al revés, se trata de una palabra que viene después, inmediatamente a continuación de lo que Dios ya está produciendo en la realidad. Esto es concordante hasta con las teologías más progresistas desde América Latina, como lo que plantea G. Gutiérrez cuando dice que el lenguaje de la fe (teología) es acto segundo, el acto primero es lo que Dios hace y que genera comunión, obediencia y compromiso. La teología europea más refinada, como la alemana y la holandesa, también son concordantes en esto mismo, al sostener que ninguna teología produce práctica, más bien la práctica produce teología; decimos y hablamos sobre Dios después que él ha hablado, allí hablamos; por lo cual la teología práctica no puede concebirse como práctica de la teología sino como la teoría de la práctica. En ningún caso esto significa despreciar el conocimiento, lo que sí significa es establecer su procedencia, el viene de la práctica, del encuentro con la realidad, de convivir con el otro, del acto de alabanza, de la experiencia de encuentro con el misterio de Dios, de allí nace todo. Si nuestra habla sobre Dios, lo que decimos sobre la Iglesia, no nace de allí, entonces nuestros dichos son vanas filosofías.

Los recorridos que hasta ahora llevo en la Iglesia Metodista de Chile, desde Arica hasta Punta Arenas, sumado a la experiencia que ya traigo en mi ejercicio pastoral, me permiten tener una visión de lo que está pasando en las iglesias locales. Esta mirada, esta vivencia, es la que produce diagnósticos, funda estas reflexiones, y establece propuestas, que no tienen como propósito convertirse en verdades absolutas. Este texto es una especie de alto en el camino para re-pensar y anotar algunas cosas, para después proseguir. Pero el alto es importante, permite hacer descansar el cuerpo, también el alma, permite sentirse frente a Dios y recibir el influjo de él para no ponerse de pie y seguir por donde uno ya tenía planificado; este alto ayuda para mantener o ajustar la dirección, para determinar la velocidad, para continuar con precaución u otros tantos aprendizajes que provoca una parada en el camino. Como sea hay que avanzar y seguir, este alto permite buscar orientación de Dios y sacar nuestros aprendizajes, para después de ello retomar el camino, seguir al lado de Dios, pues él mismo es el camino.

Considerando este prólogo, me permito compartir estas reflexiones que tienen como trasfondo lo que he podido ver y oír en mis visitas pastorales por todo Chile. Los temas y sub temas son los siguientes:

I - La hora del Espíritu

Elementos de diagnóstico

En Chile, desde 1909 han existido estereotipos en relación con la acción del Espíritu Santo, considerando que el metodismo debe diferenciarse objetivamente del pentecostalismo en cuanto a la concepción del Espíritu Santo. Determinados prejuicios han inducido a prácticas que subrepticamente coartan la manifestación espiritual so pretexto de formulas o cánones que nosotros mismos hemos inventado y que los hemos elevado como verificadores de nuestro ser metodista en Chile. En los últimos tiempos surgen tendencias y prácticas de sectores de la iglesia que tienden a recuperar el sitio del Espíritu como vivencia y experiencia transformadora con dimensiones trascendentales. Esto no significa negar diferentes manifestaciones en donde el Espíritu se ha hecho lugar y espacio entre nosotros, pero se entiende por un número creciente de personas que el Espíritu Santo, más allá de una formulación dogmática, tiene que provocar un punto de inflexión y causar, en forma definitiva, una dádiva para la Iglesia.

Desarrollo

Quién haga un análisis mínimo de la Iglesia en este tiempo, no podría dejar de concluir que una de las necesidades que manifiesta la gente es sobre una participación mayor del Espíritu Santo, tanto en la vida individual como en la comunitaria de nuestras Iglesias. Ello jamás quiere decir que se trate de algo desconocido, o de una presencia que no haya tenido lugar entre nosotros; sí se trata de atender el clamor por una participación mayor y más decisiva del Espíritu entre nosotros. Esta necesidad es alentadora, pues rompe con una singular domesticación de lo sagrado en lo cual, sin quererlo, podemos haber caído en el plano de la vida de nuestras iglesias. Por uno y otro lado se percibe como un signo de los tiempos actuales, el sentir por una demanda espiritual, lo que resulta esperanzador. La Iglesia no puede hacer caso omiso a esta realidad que tiene tono de necesidad, no hacerlo permite ofrecer las condiciones para que estas necesidades insatisfechas terminen en un éxodo de personas o, lo que sería tan igual, hacer como si la necesidad no existiera, y peor todavía, creer que no tenemos ninguna necesidad que cubrir. La sociología de la religión ha aportado

interesantes estudios sobre esto, advirtiendo que aquello no satisfecho en el plano religioso conduce normalmente a la creación de nuevos escenarios e iglesias o a la caducidad de los grupos que no reconocen la necesidad, se tornan estériles e incluso con plazo de extinción.

1.1 - El don decisivo

Admitir que existen momentos en que podemos quedar expuestos ante Dios, frente a Dios, es la esencia de la fe cristiana. Muchos testimonios bíblicos resaltan las expresiones de apego y necesidad que las personas tienen con respecto a la presencia de Dios, en el sentido de hacerla lo más próxima posible (Jn 11:21; 6: 67-69; 14: 1-6). La presencia del Espíritu y la conciencia de ello nos llevan a reconocer la posibilidad de colocar en un lugar secundario todas las mediaciones que la religión, también a veces la tradición, nos han impuesto como las categorías para experimentar el misterio de Dios, lo sagrado, lo santo, la experiencia decisiva de Dios. Los más grandes eruditos de la historia del dogma antiguo reconocieron que toda la doctrina que hemos heredado de la Iglesia antigua tiene una riqueza didáctica y apologética sin precedentes, gracias a esa formulación la Iglesia primitiva pudo ser orientada para distinguir lo que era fe cristiana de otras creencias. Sin embargo, esos mismos eruditos reconocieron que el dogma, por el uso que le concedió la Iglesia, oculto a Dios, lo dejó detrás de sistemas, principios, símbolos, de esta manera prevalecieron las construcciones teológicas que en un principio tuvieron un sentido pedagógico pero que a corto andar se tornaron las referencias obligadas para representar a Dios y la vida cristiana. En los tiempos actuales, sin desconocer el valor pedagógico y didáctico que tiene la tradición, existe un nuevo despertar por hacer valer la experiencia directa con Dios, como fuente fundamental de la vida cristiana, una experiencia decisiva capaz de transformar la existencia humana y bridle una nueva orientación.

Preguntas:

¿Qué valor le asignamos a la tradición y la experiencia personal en la realidad de nuestra iglesia local? ¿Qué elemento predomina?

1.2 - Edificación, Unidad y Amor

La irrupción de Dios, por medio del don del Espíritu, es una experiencia de vida, que crea vida, la renueva, devuelve la vida y que tiene alcances tanto personales como comunitarios (Ge 1:2; Mt 12:28; Lc 4: 16-21). Si desde la vida comunitaria de la Iglesia se habla de la presencia de Espíritu, hay verificadores inequívocos para validar su intervención, estos son: la edificación, la unidad y el amor (I Co 12; 13; Ro 12:4-8; Ef 4: 11-16). Donde está el Espíritu de Dios la comunidad se construye, surge verdaderamente la iglesia como comunidad de creyentes, los diversos y distintos se hacen *uno*, alaban a Dios, oran juntos, se desprenden de sus bienes y parten el pan comunitariamente (Hch 2: 43-47; 4: 32-37). Las formulaciones teológicas que hablan de la Iglesia como "comunidad de creyentes" se fundan en el testimonio bíblico que narra las características de los primeros cristianos, pero al mismo tiempo nos cuentan de la nueva experiencia de vida que les ha ocurrido, no son los mismos que en otro tiempo fueron.

Preguntas:

¿Qué evidencias concretas de la acción del espíritu Santo advertimos en nuestras comunidades locales, validadas en expresiones de edificación, unidad y amor?

1.3 - Poder para el servicio

En nuestra cultura las palabras poder y autoridad tienen una carga inmediata relacionada con organización y jerarquía. En el mensaje que proviene de Jesús, están relacionadas exactamente con lo contrario. El poder y la autoridad tienen la doble relación de manifestaciones en favor del ser humano para liberarlo, sanarlo y salvarlo (Lc 4: 18ss); como también expresiones de servicio y amor a los demás por parte de los que siguen a Jesús, no olvidar que quien quiera hacerse grande tendrá que ser el servidor de todos (Mr 10: 45; Lc 22: 24-26). La intervención del Espíritu nos invita a alinearnos con la práctica de Jesús, con la forma en que Jesús vivió y se relacionó tanto con su Padre como con la gente de su tiempo. En la vivencia del don del Espíritu la Iglesia, la comunidad de creyentes, no tiene argumento ni respaldo para la soberbia, arrogancia ni la capacidad de sancionar a otros. El poder y la autoridad que proviene del Espíritu es la acción misma de Dios que interviene para manifestar la salvación y toda liberación de ataduras en las cuales se encuentren los seres humanos.

Preguntas:

¿De qué manera se ejerce el poder y autoridad en nuestra iglesia? ¿En expresiones de humildad y espíritu de servicio, o al contrario, de arrogancia y soberbia?

1.4 - Vida en plenitud

Citando a Isaías, Jesús declaró "*el Espíritu del Señor está sobre mí*" (Is 61: 1-2), donde dichas palabras tienen preferentemente la declaración de lo que comenzará a hacer Jesús con los seres humanos. Pero ese mismo Espíritu que está sobre alguien, también en él causa algo. Como portadores del Espíritu no nos reducimos a mediadores, también en nosotros ese Espíritu causa una huella que Pablo la sintetiza en los frutos que trae el Espíritu (Gá 5: 16-26). Existen numerosos testimonios de como la acción del Espíritu permitió "*la irrupción del nuevo ser*", del ser absoluto y por excelencia que es Dios, de ese *ser en sí*, pero que tiene poder para dar origen a una nueva existencia o nueva creatura, simbolizada en el lenguaje bíblico con la fórmula "nacer de nuevo" (Jn 3: 1-15; Gá 6: 15; II Co 5: 16-19). Este horizonte de nueva vida, provocado por el Espíritu, tiene alcances para la vida personal, como para la vida comunitaria. Debemos abogar por nuevas creaturas que constituyan una nueva Iglesia, ambas realidades van relacionadas. Como comunidad cristiana no podemos dar lo que no tenemos, este punto nos desafía al fortalecimiento personal, que finalmente se transformará en un cambio grupal o colectivo, a hacer vida en comunidad, a sentirnos cercanos y aprender a vivir la fe juntos y juntas.

Pregunta:

¿Existen evidencias claras y testimonios en nuestra vida congregacional de experiencias de conversión y transformación personal y comunitaria?

Afirmaciones temáticas:

- i. Una vez abierto el Nuevo Testamento, el Espíritu es un don que deja de ser exclusivo para algunos líderes y su manifestación es para todo el pueblo de Dios.
- ii. La fuerza del Espíritu se manifiesta en todo el mundo creado en cuyo contexto, en la Iglesia, existe un espacio de lo sagrado para propagarlo.
- iii. Los dones y frutos del espíritu definen la amplitud ilimitada que trae como consecuencia la acción del Espíritu; la institución no puede determinar el carisma, pero sí darlo a conocer.
- iv. El Espíritu no restringe su revelación a fórmulas coincidentes con nuestras expectativas. Su manifestación es sorprendente, en tanto asombra y cautiva simultáneamente.

Propuestas de acción:

- i. Incentivar la práctica personal y comunitaria tendiente a favorecer la comunión con el Espíritu Santo.
- ii. Profundizar la lectura bíblica en donde se ofrezcan testimonios de la acción del Espíritu y las consecuencias de dicha intervención.
- iii. Conocer rasgos generales de movimientos históricos en donde el Espíritu Santo tuvo un protagonismo indiscutible, como por ejemplo: el montanismo (s. II), la reforma radical (s. XVI), el pietismo (s. XVII), el movimiento wesleyano (s. XVIII) y el pentecostalismo (s. XX).
- iv. Promover prácticas de espiritualidad en todo ámbito de la vida de la Iglesia, considerando en ello la riqueza de la tradición, pero sin caer en esquemas y formulas mecánicas.

II -Discipulado y Misiones

Elementos de Diagnóstico

La Iglesia cristiana, más allá de cualquier denominación, muchas veces ha tenido entre sus filas a cristianos nominales. En ocasiones, las relaciones familiares en el marco de la membrecía con la Iglesia han asignado a este hecho un valor agregado basado en la consanguineidad, sin considerar que el verdadero seguimiento de Cristo nace de un encuentro personal. En otros casos no se aprecia, por lo menos suficientemente, el sentido de discipulado y disposición para la misión, que puede ser atribuible a la inexistencia de una experiencia personal, a intereses coyunturales para alcanzar espacios institucionales u otros distractores que se presentan temporalmente. Vivimos como metodistas chilenos un invierno misionero y en los casos que se atisban nuevos lugares de misión se aprecian motivaciones iniciales, aunque no se sostienen en el tiempo, lo que acarrea el hecho de que Avanzadas se prolongan desmedidamente en el tiempo en esa misma calidad sin cambiar su condición (pasar a Iglesia) en un tiempo razonable.

Desarrollo

Al leer los evangelios, por somera que sea nuestra lectura, podemos percibir claramente que Jesús tuvo un sueño, un ideal, una mirada de futuro; si lo quieren, una utopía, se llamó reino de Dios (Mr 1: 14-15). Con ello se hace referencia al advenimiento de la soberanía y gobierno de Dios, al poder de Dios venciendo toda clase de potestades que significan opresión a los seres humanos. Jesús y el reino están íntimamente ligados, no se puede comprender al uno sin el otro. Razón tuvo Orígenes de Alejandría (s. III) al decir que Jesús era *el reino de Dios en persona*. Son decenas de textos bíblicos que expresan en los evangelios esta realidad, Jesús

irrumpiendo con su persona, mensaje y el contenido del mismo. Pero, en este sueño, Jesús buscó compañeros, cómplices en el sueño que él traía y del cual quería contagiar a toda la humanidad (Mr 1:16-20). Por esto, buscó a personas para que le siguieran y al hacerlo pudieran tomar este sueño y extenderlo por todas partes. Jesús constituyó una comunidad de base, un grupo de discípulos que, a partir de los evangelios, conocemos como los apóstoles (Mr 3: 13-19; 6: 7-13). No son pocos los eruditos que dicen que este grupo representa simbólicamente una comunidad más amplia que Jesús tuvo, en donde no solo hombres lo seguían, también mujeres (Mr 14: 3-9; Lc 8: 1-3; 24: 1-10; Ro 16: 1-15); no solo doce, sino un número aún mayor. Se ha llegado a hablar del movimiento de Jesús, cuyo epicentro estuvo en el norte de Palestina, en Galilea y cuyo registro literario está contenido en lo que los estudiosos del NT han denominado "*fuentes Q*". Este grupo representa las señales más auténticas de lo que fue el primitivo movimiento en torno a Jesús, que muchas veces los sistemas organizacionales, el dogma, las liturgias y la propia historia han encubierto. Pero el evangelio está ahí, basta una lectura mínima para entender que la constitución de este grupo no tenía como fin la formación de una secta separada, sino de personas que, a partir del llamado de Jesús, partieran y asumieran la misión, proclamaran lo que escucharon y vieron de Jesús y salieran por todas partes, extendiendo así la misión de Dios que Jesús apareció proclamando y que ahora otros y otras la deben continuar. Discipulado y misión son dos caras de una misma moneda.

2.1 - La extensión del reino

En estricto rigor, en orden de precedencia si se quiere, lo que Dios quiere extender es el reino, el reino y su justicia (Mt 6:33). La Iglesia es instrumento de aquello, solamente de aquello, no vive para sí misma, ella puede crecer y se puede extender, pero siempre es como instrumento del reino, como sierva de Dios, como continuadora del movimiento de Jesús. Debe existir una crítica santa y conciencia inquieta cada vez que la Iglesia nos preocupa por ella misma, lo que nos debe inquietar es cada vez que la Iglesia olvida su misión, deja a un lado su condición de instrumento y de sacramento de Dios en este mundo, o deja de ser la comunidad que alaba y bendice en espíritu y en verdad el nombre de su Señor (I Co 1:23; II Co 4:5). El hecho de querer una iglesia con más presencia no puede llevar a la confusión de que el reino deja de ser prioritario. La Iglesia está para el reino, es su fin, y el reino es la manifestación del poder y gobierno de Dios en todo.

Pregunta:

¿Qué priorizamos como iglesia? ¿Lo institucional y organizacional o la disposición a ser instrumentos al servicio del Reino de Dios, proclamado por Jesús?

2.2 - El evangelio para los demás

La misión siempre está explícita o implícita en las sagradas escrituras, ya desde el Antiguo Testamento (Gen 12: 1-9; Jonás 3: 1-10; Miq 4: 1-5). El pueblo de Dios siempre tuvo la misión de ser luz ante las naciones y el nuevo Israel que formó Jesús continúa exactamente en esta misma línea, no hay contradicción. Hechos históricos han conspirado en contra de este mandato. A inicios del siglo IV cuando cesan las persecuciones contra los cristianos y Constantino se presenta como el gran benefactor de los que hasta ahora eran perseguidos y martirizados, consigue políticamente anexar la Iglesia al Estado, inaugurando lo que historiadores han denominado *régimen de cristiandad*. Ello representa una seducción macabra, los cristianos dejan de vivir para dar testimonio de Jesucristo, incluso ofreciendo su vida en el martirio, y se tornan miembros de una comunidad que se cree co-gobernadora terrenal y por tanto necesita ajustar su estructura y organización para llevar adelante aquel cometido. La misión ante el mundo, ante otros, dejó de ser. En estos tiempos debemos

recuperar el sentido de ser iglesia para los demás, de asumir el desafío que el evangelio es para los demás, en tanto seguimos a Jesús que como pastoralmente lo dijo Bonhoeffer fue "*el hombre para los demás*".

Preguntas:

¿Somos una iglesia volcada hacia la misión ante el mundo o estamos centrados en nosotros mismos?

¿De qué modo la misión ante el mundo guía u orienta nuestros programas, estructura, presupuesto y acción?

2.3 - Fortalecimiento de la Iglesia

La tradición wesleyana surge desde los límites o los márgenes de una Iglesia institucionalmente establecida (la Anglicana), por lo mismo nuestra eclesiología justamente destaca el hecho de sentir al mundo como la parroquia, es decir la práctica de un evangelio para los otros, para los demás, ante quienes se debe anunciar la nueva vida en Cristo y desde allí aspirar incluso a la nueva creación (Ef 4: 1-16). En la tradición metodista la Iglesia está para ser vocera del evangelio del reino, por esto ella no se puede centrar en sí misma, sino en el objeto que le es dado como el motivo de su existencia. Conjuntamente con ello, que se desprende de su existencia para los demás (Ro 11:13; Gal 3:8; Col 1:27; " Ti 1:11), también se concibe como *medio de gracia*, lo que no significa otra cosa que ella puede ser comprendida como un espacio terapéutico, para salvación. La tradición wesleyana, con su dependencia de la teología de oriente enfatiza la Iglesia como el lugar en donde se proclama el evangelio que es sanidad para el alma, donde la vida puede ser redimida, liberada, sanada, restaurada.

Preguntas:

¿Estamos siendo como iglesia un espacio de redención, liberación, sanación y restauración de las personas y el mundo?

La preparación de los nuevos miembros ¿prioriza el discipulado o la incorporación a una institución?

2.4 - Seguimiento y obediencia

La invitación que Dios nos hace en la persona de Jesús es un llamado al discipulado, que no es otra cosa que el seguimiento en obediencia (He 12: 1-3; Ap 2:7; 2:10b; 2:17; 2:26; 3:5; 3:12; 3:21). Seguir es aceptar que El va adelante, es aceptar la vida y obra de Jesús de Nazaret, su fe, su práctica, su obediencia y relación con el Padre, como único modelo para definir nuestra propia existencia. Si así sucede, nuestra vida se transforma en una ofrenda por medio de la renuncia a nosotros mismos, a lo que somos, lo que aspiramos y los que pueden ser nuestros propios deseos naturales. La Iglesia alaba, sirve y sigue a Jesús, quien padeció bajo el poder de Poncio Pilatos, este seguimiento desde la historia, cuya respuesta y testimonio se da también en la historia, en esta historia, nos libra de constituirnos en una comunidad con una espiritualidad alienada, quedando al borde de ser considerada gnóstica. Seguir a Jesús es tener como horizonte el reino, cuya referencia es la cruz, de cuya experiencia nace la resurrección.

Preguntas:

¿Podemos decir, personalmente y como iglesia, "ya no vivo yo, Cristo vive en mí"?

Afirmaciones temáticas:

- i. El llamado que Dios hace exige una respuesta, una decisión, dicho acto ofrece una nueva dirección y sustentación a la existencia humana.
- ii. La comunidad de creyentes vive y define su existencia en la vocación que ha recibido para ser pueblo escogido y nación santa, cuyo testimonio debe presentarse ante otros.
- iii. La misión está determinada por Dios y su horizonte es el reino, la Iglesia es instrumento en ese propósito y nunca tiene un fin en sí misma.
- iv. El Espíritu Santo es la fuerza que otorga dirección al llamado que recibimos, tanto el personal como el comunitario.

Propuestas de acción

- i. Definir los niveles de apelación para la vocación cristiana, distinguiendo el llamado al discipulado en seguimiento a Jesús en primera instancia, de la relación institucional que las personas asumen como miembro de la Iglesia.
- ii. Incentivar planes que rompan la rutina programática de las iglesias en forma anual, permitiendo la incorporación de prácticas que incentiven la condición de discípulos para la misión de Dios.
- iii. Recuperar la experiencia de comunidades domésticas en donde se cultive la iniciación pedagógica de nuevos discípulos.
- iv. Propender a un reconocimiento amplio (ecuménico) de la condición de discípulos y de la misión de Dios en la tierra, donde debemos ser capaces de reconocer a otros hermanos en la fe.

III - Diversidad de dones y ministerios**Elementos de diagnóstico**

Existe una riqueza muy grande en las iglesias locales en cuanto a los diferentes dones que las personas han recibido, los que no necesariamente ocupan un lugar en los cargos que la organización reconoce como válidos. Además, a esto se suma la existencia de una estructura mayor de la que requerimos actualmente, en relación a nuestra cantidad de miembros.

Teológicamente hablando, la estructura organizacional impone una lógica de la eficiencia; sin embargo, tenemos reiteradas situaciones que muestran la ineficiencia como una de sus marcas principales. Esto distrae tiempos, recursos humanos, recursos financieros y produce desgaste en relaciones humanas.

La Iglesia enfrenta el desafío de generar una organización que colabora para redefinir los contornos y garantiza la operatividad de todos los elementos que los carismas ofrecen como servicio a la Iglesia. Ello nos puede proponer nuevos horizontes, nuevas expresiones de la misión, que nos pueden hacer innovar en los sistemas organizativos que actualmente tenemos, para que atiendan más al Espíritu antes que a hechos consumados que nos cuesta comprender su vigencia para la misión.

Desarrollo

Dios busca la manera de hacer efectiva su misión. Ante todo lo hace con el Espíritu Santo como agente divino, pero también lo hace proveyendo de su gracia en los seres humanos para que reciban las condiciones que les permitan estar habilitados para la misión. Se hace necesario discernir la multiforme gracia de Dios en servicio a la misión, lo que debe hacer de la Iglesia una comunidad carismática, es decir movida por el Espíritu en todo lo que ella hace, portadora de la gracia de Dios. Esta manifestación de los carismas en la Iglesia es lo que debe constituirse como principio organizativo en función de la misión. Es la misión y la gracia de Dios portadora de carismas lo que debe definir la estructura y organización de la Iglesia, solamente así nuestra dimensión organizativa puede ser un canal facilitador para la misión, de lo contrario la entorpece.

3.1 - Vocaciones diversas

Desde el Antiguo Testamento ha existido una manifestación diversa en cuanto a la forma en que se concreta la vocación de Dios (Is 6: 1ss; Jer 1: 1-8; Ez 1: 1-3; Os 1: 1-2; Jon 1: 1-2; Mi 1: 1-2). No todos son patriarcas, ni jueces, ni profetas. Hubo tantos otros que sin ser portadores de una vocación de renombre, sin embargo fueron instrumentos de Dios en función de planes divinos, incluso algunos de cuestionable reputación como Rahab (Jos 2: 1-24). En el Nuevo Testamento esto es todavía más claro. Pablo es exponente, por excelencia, de esta diversidad de dones. La sola lectura de I Corintios 12 nos muestra la diversidad de funciones para las cuales Dios separa y prepara a las personas, teniendo todo como objetivo común la edificación del cuerpo de Cristo. Las iglesias cristianas desde la época post apostólica, después del tiempo del martirio (siglo IV en adelante) redujo los dones y ministerios a un ámbito especial de lo sagrado, la liturgia; con actores exclusivos, los clérigos. El protestantismo rompe con este esquema, a partir del siglo XVI con la Reforma se recupera el lugar del pueblo (laos - laico), quien se reconoce como portador de lo sagrado, no meramente receptor (Thomas Mützer hace la primera propuesta litúrgica participativa en 1523). El principio del *sacerdocio universal de todos los creyentes* tiene implícita la afirmación de los dones y ministerios para todo el pueblo de Dios y el principio de *la Iglesia reformada siempre reformándose* del mismo modo, puesto que ante la eventualidad del monopolio de lo sagrado por parte del clero se hará necesario nuevas reformas y cuantas sean necesarias para impedir aquella equívoca concentración de poder.

Preguntas:

¿Es nuestra iglesia un espacio para la manifestación de todos los dones, ministerios y operaciones atestiguados en el testimonio bíblico o se privilegian algunos en desmedro de otros?

¿La distinción entre pastores y laicos fortalece o debilita el ejercicio del “sacerdocio de todos los creyentes”?
¿Cómo se evidencia esto?

3.2 - El signo de la cruz

Pablo es claro al sintetizar el mensaje apostólico cuando declara que lo que predicamos es a Cristo y a éste crucificado (I Co 1: 18-31; I Co 2: 1-5). La cruz no es exclusivamente el símbolo del epílogo de la existencia terrenal de Jesús, ella representa el camino del seguimiento, la marca del seguimiento, la señal sobre la cual Cristo mismo nos distingue como sus discípulos. No se trata de sublimar el dolor o creer que él tiene una dimensión redentora, más bien es uno o muchos momentos de la vida en donde por causa de Cristo estamos dispuestos a perderlo todo y exponernos a las consecuencias de lo que significa creer y esperar en las

promesas de Dios pronunciadas por Cristo. La cruz no es solo evocación, también es presente que determina nuestra existencia cristiana, en tanto no debe evitarse e incluso debe predicarse, con razón Lutero en su tesis 93 llama benditos a los profetas que dicen *cruz, cruz, y no hay cruz*. A partir del evangelio que es Cristo mismo, la tradición protestante ha entendido que antes que la fama, el éxito, las ganancias y la asociación con los poderosos de este mundo, es a través de la debilidad, el desprecio, la humillación y la conspiración de otros, en donde aparecemos como discípulos. En la cruz Dios se nos presenta bajo su contrario, está oculto, no corresponde a los criterios de la razón que quieren mostrarlo en su gloria y majestad, por eso es un escándalo. Como cristianos también debemos estar dispuestos al escándalo en nuestro seguimiento de Cristo. Para responder al llamado de Jesús, no olvidemos que se nos invita a tomar nuestra cruz y así seguirle.

Preguntas:

¿Qué significa para nosotros como iglesia “tomar la cruz”? ¿Mostramos un testimonio de humildad, esfuerzo, entrega y sacrificio? ¿En qué prácticas se evidencia esto?

3.3 - Existencia y dádiva

En su ministerio la grandeza de Cristo quedó de manifiesta en su fidelidad y obediencia al Padre, a pesar de que ello le trajo un costo, el de su propia vida (Fil 2: 5-11). Pero el mismo evangelio narra que perdiendo la vida es como se encuentra, muriendo es como se vive y la justicia de Dios para nuestra resurrección únicamente será posible si estuvimos dispuestos a vivir en obediencia privada y pública delante de Dios. Este fue el caso de los mártires en la Iglesia antigua, de Juan Hus en la pre reforma, del propio Lutero cuando está al frente de Carlos V, de los cristianos en los tiempos de la Alemania nazi, de Samuel Fielden en las primeras luchas sindicales de la época moderna, del sacerdote colombiano Camilo Torres en su lucha por otra Latinoamérica, de Martin Luther King en su lucha contra el racismo en los Estados Unidos, del Obispo Desmond Tutu en su lucha contra el *apartheid* en Sud África, del Cardenal Raúl Silva Henríquez en su lucha por los derechos humanos en los albores de la dictadura militar en nuestro país, del Obispo Isaías Gutiérrez por su acción profética en tiempos de opresión y tantos otros y otras más. También se debe incluir en este listado los misioneros metodistas que, a fines del siglo XIX, viajaban en la cubierta de los barcos desde Estados Unidos para venir a predicar el evangelio en la costa sur del Pacífico, muchos de los cuales morían en el trayecto. Ellos y ellas representan un seguimiento de Cristo hasta los umbrales de la existencia misma, el desapego por la sobrevivencia y las falsas seguridades que ofrece la contingencia humana (He 11: 1-40).

Preguntas:

¿Es nuestra práctica como iglesia un testimonio de entrega y servicio? ¿O es más bien una práctica de autocomplacencia y comodidad? ¿Cómo se evidencian estas prácticas?

3.4 - Misión y ministerios

La misión de Dios no se realiza a través de un único ministerio, ella se lleva a cabo por la obra del Espíritu Santo que sopla en unos y en otros causando acciones diversas que deben ser puestas al servicio de la obra. Son los ministerios, en plural, los instrumentos de los cuales se vale Dios para llevar a cabo su misión. Nótese que estamos hablando de las acciones que Dios provoca en forma directa, esto no se refiere a cómo la organización establece atribuciones y deberes, se trata de las habilitaciones que en forma directa Dios hace en la vida de las personas, por lo que podemos hablar de carismas. En ocasiones podemos llevarnos la sorpresa que personas que no están en ningún lugar de la organización, no ocupan cargos, ni han recibido mandatos, no han ido

nunca a una Asamblea ni nada parecido, resultan estar dando un testimonio efectivo y con alcances ilimitados en el plano de las iglesias locales, aunque anónimamente en el marco de una organización que ni los nombra, ni conoce, ni mucho menos les reconoce (I Co 12: 22- 27).

Pregunta:

Nuestra estructura y disposiciones reglamentarias actuales como iglesia ¿facilitan el ejercicio de los diferentes carismas, ministerios y operaciones o, más bien lo entorpecen y limita?

Afirmaciones temáticas:

- i. Los dones pueden considerarse acciones directas por parte de Dios para servir al reino; los ministerios son expresiones de la organización en donde reconoce determinados dones y establece verificadores en cuanto a su efectividad.
- ii. La organización no puede limitar los dones ni carismas dados por Dios, más bien su deber es otorgarles espacio y permitir la expresión de éstos.
- iii. El ministerio pastoral es uno de los carismas dado por Dios y debemos reconocer las vocaciones en todo tiempo.
- iv. Los dones y ministerios favorecen a una Iglesia que nace desde abajo, desde la acción del Espíritu en plano inicial de una comunidad de creyentes.

Propuestas de acción:

- i. Estimular comprensiones y conductas que permitan promover la diversidad de dones y ministerios, no solo en la formulación teórica, sino también en el ejercicio de la misión de Dios.
- ii. Promover oportunidades que involucren a otros metodistas, los cuales siendo portadores de carismas no han estado presentes en la vida de la Iglesia, pero cuyos testimonios nos hacen tanta falta.
- iii. Acoger el surgimiento de carismas especialmente en los jóvenes, quienes con el ímpetu y creatividad que les es propio, desean aportar con una sabia nueva a la misión de Dios en el testimonio de la Iglesia.
- iv. Depurar nuestra actual estructura organizativa para hacerla más facilitadora y cercana a la misión que va hacia adelante y cuya eficiencia no es, únicamente, sostener lo que actualmente somos.

IV - Conciencia y práctica social

Elementos de diagnóstico

Algunos trabajos sociales que tiene la Iglesia no muestran con suficiente claridad los principios de la *compasión, el servicio y la protesta*, más bien se originan de oportunidades que han significado relación con la sociedad, pero no necesariamente afirmación de la identidad evangélica. En ocasiones las crisis administrativas en las que caen las Instituciones hacen que tengan que sobrevivir o prolongar su existencia ante la imposibilidad de cerrar ciclos y dar paso a otros rostros sociales. La iglesia requiere discernir el lugar social que ella debe ocupar para aportar lo suyo propio, ello no puede ser una cuestión instintiva sino más bien determinada por el hecho de descubrir cuáles son los espacios en donde no existe otro ente, a no ser la Iglesia, que debe suplir determinadas necesidades.

Desarrollo

Lo que la Iglesia es, lo es por la palabra y por acciones concretas de misericordia. La realidad social es un escenario de conflictos, dolores y sufrimientos, que debe provocar a la Iglesia para que en nombre de Cristo se haga presente. Son diferentes los niveles en los cuales la Iglesia se hace presente en la vida social, esta presencia también cambia de una década a otra. Hay circunstancias que son demasiado evidentes y provocan una intervención, como lo fue en la época de la dictadura militar, donde la Iglesia tuvo una clara opción por la justicia y los derechos humanos. Después de aquello, de escenarios de opresión, no resulta tan simple ser iglesia profética cuando el pueblo danza en torno al becerro de oro. Esta última imagen, si bien hace referencia al sistema económico imperante, cuyo *dios* bebe la sangre de los pobres de la tierra, también hace alusión a las omisiones que hacemos ante los diferentes temas contingentes propios de la vida en sociedad. La presencia social de la Iglesia es una forma de concebir el evangelio para los demás, donde los otros esperan nuestra palabra acompañada de gestos, el amor de Dios requiere ser manifestado en actos y hechos concretos (Mt 25: 31-46). Sin embargo, la Iglesia tiene la necesidad de hacer un balance de esta presencia social, evaluar su intervención para definir qué sustenta esta práctica y medir su impacto en función del Reino de Dios. La Iglesia no es el Estado, tampoco es una entidad filantrópica, tampoco es una empresa que necesita realizar ciertas acciones sociales para compensar las consecuencias de impacto ambiental que genera el desarrollo de su actividad minera. ¿Qué determina la concepción de un trabajo con inspiración cristiana?, ¿el mero hecho de que esté patrocinado por una Iglesia?

4.1 - Compasión

Una de las primeras formas de relacionarnos con los que sufren es la compasión. No se trata de sentir lástima a causa de la situación que les aflige, sino más bien que alguna parte de nuestro cuerpo se ve alterado ante el impacto de la realidad que les aqueja. En el sentido bíblico es igual a "removerse las entrañas"; cuando Jesús tuvo compasión de la gente, era que se conmovía en lo más profundo (Mt 9: 35-38). Hacer algo por el otro que sufre no coloca el asunto en nuestro cerebro respecto de cuánto puedo obtener en caso de hacer algo por él/ella, sino en la conmoción que me causa por el hecho de que esté así. Esta compasión no se basa en el impacto que tiene el dolor del otro en vista de nuestra condición como personas, de nuestros códigos morales o valores culturales. Nos compadecemos porque hay una realidad que es contradictoria con la voluntad de Dios, del Dios de los cristianos que busca la dignidad de todos los seres humanos. Tenemos compasión porque hay condiciones en el otro que ofenden la dignidad de Dios y porque le hacen al otro sub humano.

Preguntas:

¿Somos una iglesia conmovida por las necesidades que el mundo muestra? ¿Está la iglesia volcada con pasión a cambiar aquellas realidades que contradicen la voluntad de Dios? ¿Qué testimonios podemos compartir?

4.2 - Servicio

Solamente entonces aparece el servicio, la diaconía, la entrega que hacemos por medio de acciones que buscan acudir donde los que sufren, ante todo para expresar la compasión de Dios, nosotros somos solamente instrumentos. Dios nos coloca en su lugar para que llevemos un gesto al que sufre. Esto debe conducir a la Iglesia a considerar el servicio cristiano como algo sagrado, como parte de la misión que Dios tiene para llevar ante el mundo. El servicio no es un anexo que la Iglesia hace, ello es algo intrínseco al ministerio de la palabra o más bien una extensión del ministerio de la palabra en donde ella se hace carne. La Iglesia que sirve es la Iglesia

sierva, lo es tanto de la palabra como del querer de Dios en cuanto a la compasión que él quiere tener con los más desposeídos y que sufren carencias por causas diversas. La imagen de Cristo mismo debe ser inspiradora en todo servicio (Jn 12: 25-26; 13: 1-9), pues él estuvo entre nosotros como el que sirve, muchos aspectos de su ministerio terrenal pueden ser leídos y comprendidos a la luz de las imágenes que nos vienen del profeta Isaías como el Siervo Sufriente (Is 42: 1-9).

Preguntas:

¿Qué mueve nuestra acción social como iglesia? ¿Qué es lo que sólo ella, movida por el Espíritu Santo y en fidelidad a Cristo, puede hacer por los necesitados?

4.3 - Protesta

La participación de la Iglesia en la sociedad tiene un elemento cualitativo que la distingue de cualquier otro tipo de intervención social, ella contiene un elemento que podemos denominar de protesta o búsqueda de la justicia, por tanto tiene un elemento profético (Lc 3: 11-14; Stg 5: 1-6). Lo que la Iglesia hace en la sociedad no puede reducirse a la posibilidad de hacer uso de espacios que la administración política del país deja abiertos o disponibles, si así fuese la Iglesia aparece como una prestadora de servicios, como una intermediaria, donde su señor no es Jesucristo sino una repartición del Estado ante quien debe dar cuenta. La Iglesia puede hacer uso de las coberturas que la sociedad civil le ofrece, pero ella siempre tendrá que incorporar un elemento en favor de la justicia sobre el área en donde ella se involucra.

Preguntas:

¿Cómo fortalecemos la acción profética de la iglesia en el marco de su misión dada por Cristo?

¿Anunciamos con nuestro propio testimonio y ejemplo interno el propósito de Dios para el mundo?

4.4 - Santidad

Esta es una de las notas fundamentales de la Iglesia que viene desde el símbolo *niceno -constantinopolitano* (381 d.C.), junto a ser calificada como *una, católica y apostólica*. La tradición wesleyana tomó este concepto para reforzar la idea de responder cualitativamente a la elección de Dios en cuya dimensión práctica deberá existir una clara promoción de la voluntad de Dios, tanto en el ámbito de lo personal como en el social. De este modo la Iglesia no es santa *per se*, ni por una declaración canónica, ella *se hace santa* por su testimonio, participación e intervención en todo nivel donde salga de ella misma, cruzando los umbrales de lo sagrado, pasando a ser la sal y luz del mundo como le exige el evangelio a los discípulos (Mt 5:13; 5:14). El hecho de calificar a la Iglesia como *santa* es, tácitamente, una afirmación de que ella depende del Espíritu Santo, pues la primera operación de esta *persona* divina es precisamente, santificar. Somos *cuerpo de Cristo*, pero es el *Espíritu* quien le da vida al *cuerpo*.

Preguntas:

¿Anhela y busca nuestra iglesia su santidad? ¿La busca con su entrega, testimonio y sacrificio?

Afirmaciones temáticas:

- i. El evangelio para los demás o el concepto del mundo como parroquia, suponen que la Iglesia debe estar dispuesta a salir de ella misma.
- ii. El metodismo, desde sus orígenes, ha conjugado las obras de piedad y las de misericordia, afirmando con ello la presentación de un evangelio integral.
- iii. En su trabajo social, la Iglesia debe tener ante todo y por sobre todo la inspiración del Señor Jesucristo, quien vino a servir y dar la vida por los demás.
- iv. La realidad social exige un discernimiento lo más acabado posible, para que así la intervención social de la Iglesia sea eficaz.

Propuestas:

- i. Hacer un balance para detectar qué programas sociales efectivamente corresponden a una identidad cristiana evangélica y cuáles son oportunidades de servicio que no clasifican en el perfil cristiano evangélico.
- ii. Valorar toda acción de servicio desde el plano local, a pesar de que no corresponda a programas establecidos a partir de Instituciones reconocidas.
- iii. Promover programas de intervención social que lleven el sello de opciones humanitarias, exentas del trueque en donde se apele a las personas a una determinada respuesta en el plano de lo religioso.
- iv. Asumir condiciones institucionales en donde proyectos que otrora fueron emblemáticos, pero que en el presente son insustentables, para permitirles el cierre de una etapa histórica.

CONCLUSIÓN

Los planteamientos expuestos, vienen a sumarse a los ejes que tiene nuestro programa cuadrienal, en base a los énfasis de la experiencia, el discipulado, la evangelización y la vida en sociedad. No se trata de un nuevo programa, sino, más bien, de algunos aportes sobre cómo los ejes que ya definió la Iglesia los he podido percibir en la vida real de las iglesias a lo largo y ancho de todo el país.

La Iglesia vive un momento histórico, que ha venido encubándose desde hace algún tiempo. Estamos en el adviento de un tiempo nuevo para la Iglesia, una oportunidad que se hace presente no como resultado de intervención humana alguna, excepto nuestra disposición del corazón. En palabras del Obispo Raimundo Valenzuela, estamos en la víspera de un tiempo en donde el Espíritu se nos presenta para ofrecernos una nueva chance, una nueva oportunidad, para renovar y santificar la Iglesia. El Espíritu Santo es una fuerza motora que impregna a la iglesia de vitalidad y vigor para cumplir el propósito del evangelio que proclamó Jesús con su mensaje y práctica: llevar vida y esperanzas donde hay signos de muerte, decadencia, condenación y opresión.

Esta nueva oportunidad de la iglesia, implica valorar la experiencia directa con Dios, como fuente fundamental de la vida cristiana. La iglesia necesita nuevas creaturas para levantar una nueva iglesia. Somos invitados a dejarnos influir y mover por el Espíritu de Dios, a mostrar aquellos verificadores inequívocos que muestren su accionar entre nosotros. Debemos disponer nuestros corazones para vivir este momento histórico que Dios nos

brinda, en el cual por la bendición que nosotros podemos tener como Iglesia, podamos ser una bendición para Chile en las actuales condiciones sociales y culturales por las que atraviesa.

Los diversos dones, carismas y operaciones y su pleno ejercicio deben definir nuestra identidad como Iglesia de modo que esta se transforme en elemento facilitador de la misión y no en una carga limitante producto de la estructura que ella misma se ha concedido. Debemos dejar lugar a las acciones directas de Dios entre nosotros lo que no siempre responde a nuestras expectativas y planificación. Lo que el Espíritu hace es imposible de predecir, no pasa por nuestras planificaciones o cálculos estimativos. Pero de una cosa sí podemos estar seguros, sin la presencia del Espíritu Santo nada somos, únicamente esta santa presencia divina puede otorgar la bendición mayor a cada una de nuestras vidas y a la Iglesia.

Debemos estar conscientes que nosotros no determinamos el curso de la historia, tampoco depende de nosotros el futuro de la Iglesia. Dios es quien dirige la historia y Cristo es la cabeza de la Iglesia. Por tanto el Espíritu es quien se mueve y agita todo cuanto está bajo el dominio de lo que Dios ha creado. A lo que somos invitados no es a ser los protagonistas de este tiempo nuevo, sino a ser testigos privilegiados además de facilitadores en la obra de Dios para estos tiempos.

"Ven Espíritu Santo, que tu poder nos traiga la primicia de estos nuevos tiempos. Ven a cada vida y a la Iglesia toda; antes de volar a nosotros desde tu comunión divina, junto al Padre y al Hijo, te confesamos que somos como una casa que está desgastada y deteriorada, pero te declaramos que confiamos en que tu poder restaurará todo lo que somos. Ven Espíritu Santo, a recorrer todos los laberintos de cuanto somos; por donde pases deja la huella de tu amor, restaura la vida, danos salud, decláranos que Cristo perdona todos nuestros pecados. Ven Espíritu Santo, imputa la obra y los meritos de Cristo a toda vida, que podamos descansar en sus promesas y en su favor, que solamente en él podamos encontrar la vida de verdad, la vida que no se acaba, la vida que sí es vida. Ven Espíritu Santo, seas tú venciendo toda potestad que pretende resistir tu manifestación, incluso aquellas que sin darnos cuenta pueden estar en nuestros propios corazones. Ven Espíritu Santo, que tú presencia nos bendiga,en tu vuelo pósate en todos los humildes y sencillos de corazón, los que nadie nombra, pero cuyos nombres tu sí conoces; pósate en mi propia vida, tú sabes quién soy y el nombre que tengo; si hay corazones soberbios, no los ignores, quédate un tiempo más largo tratando con ellos; antes de seguir tu camino déjanos la bendición que hará nuevas todas las cosas. Por ¡Jesucristo nuestro Señor! lo pedimos. Amén."

Gloria al Padre y al Hijo
Y al Santo Espíritu en unidad;
Como era en el principio,
es hoy y habrá de ser
eternamente, Amén.

Ofrezco estas notas como una humilde ofrenda delante del Señor, con el único propósito de motivar el entusiasmo, la expectativa y la reflexión, desde el seno de una Iglesia que debe ser tierra fértil para lo que Dios quiera sembrar y hacer producir en ella. Agradezco a algunos colegas pastores que me ayudaron en la lectura y comentarios de los primeros borradores, también hubo laicos cuyos comentarios fueron de gran inspiración, al colega asesor pedagógico y a la hna. Secretaria, correctora del texto final. Todo error de forma o contenido, sin embargo, es de mi exclusiva responsabilidad.

Fraternalmente,

pbro. Pedro Correa M.

Pastor, Obispo IMECH